

Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos; nosce tuos; Chicotus cætera epedit.

Lo cual significaba :

« Me ha sido muy útil lo que me dijiste; conozco bien á mis amigos, conozco á los tuyos; Chicot te dirá lo demás. »

CAPÍTULO XX

Cómo después de haber recibido Enrique noticias del Mediodía, las recibió del norte.

El rey, ciego de cólera, apenas pudo leer la carta que Chicot acababa de entregarle.

Mientras que descifraba el latín del bearnés con crispaciones de impaciencia que hacían temblar el pavimento, Chicot, delante de un magnífico espejo de Venecia, admiraba su apuesto continente y las gracias infinitas que su persona había tomado desde que vestía el uniforme militar. Y decimos infinitas, porque jamás Chicot había parecido tan grande; su cabeza, algo calva, estaba cubierta con un yelmo cónico á la manera de esos capacetes alemanes que con tanta curiosidad se cincelaban en Tréveris y en

Maguncia, y hallábase á la sazón ocupado en ponerse sobre su casaca, bastante sucia y deteriorada por el sudor y el roce de las armas, una semi-coraza de viaje, que se había quitado para almorzar y colocado sobre una mesa; además, al mismo tiempo que se ponía la coraza, hacía sonar sobre el pavimento unas espuelas, más capaces de destripar que de picar á un caballo.

— ¡Oh! ¡Estoy vendido! exclamó Enrique después de acabar la lectura, el bearnés tenía un plan, y yo no lo había sospechado.

— Hijo mío, replicó Chicot, ya sabes el proverbio que dice: Del agua mansa te libre Dios.

— Anda el diablo con tus proverbios.

Chicot se dirigió hacia la puerta como para obedecer.

— No, quédate.

Chicot se paró.

— ¡Ha sido tomada Cahors! continuó Enrique.

— Y de buena manera, contestó Chicot.

— ¿Luego tiene generales é ingenieros?

— ¡Bah! ¡bah! exclamó Chicot, el bearnés es demasiado pobre. ¿Con qué los había de pagar? Nada de eso, él lo hace todo por sí mismo.

— Y... se bate, dijo Enrique con cierto desdén.

— No me atreveré á decirte que entra desde luego en la refriega lleno de entusiasmo, ¡no, pardiez! porque se asemeja mucho á esas gentes que meten la mano en el agua antes de bañarse; se moja las yemas de los dedos en un ligero sudor de mal agüero, se prepara el pecho con algunos *mea culpa* y la frente con algunas reflexiones filosóficas; esto le ocupa los

diez primeros minutos que siguen al primer cañonazo, después de lo cual se echa de cabeza en la acción, y nada en el plomo derretido y en el fuego como una salamandra.

— ¡Diablo! exclamó Enrique.

— Y te aseguro, Enrique, que hacía calor allá abajo.

El rey se levantó, y se puso á pasear por la sala precipitadamente.

— Esa es una derrota para mí, exclamó terminando en voz alta su pensamiento comenzado en silencio; se reirán de mí, seré la rechilla de todo el mundo. Esos pícaros de gascones son cáusticos, y ya los veo reírse y les oigo cantarme coplas horribles acompañadas de sus malditas gaitas. ¡Pero, tate! Por fortuna he tenido la idea de enviar á Francisco ese socorro pedido con tanta urgencia, y Amberes me compensará la pérdida de Cahors; el Norte borrará las faltas del Mediodía.

— Amén, dijo Chicot metiendo delicadamente, para acabar sus postres, las puntas de sus dedos en las cajas de dulces y en las compoterías del rey.

En aquel momento se abrió la puerta y el ujier anunció:

— ¡El señor conde Du Bouchage!

— ¡Ah! exclamó Enrique, bien te lo decía, Chicot, ahí tienes la noticia que esperaba. Entrad, conde, entrad.

El ujier se apartó á un lado y vióse aparecer en el umbral de la puerta al joven que acababa de ser anunciado, semejante á un retrato de cuerpo entero hecho por Holbein ó el Ticiano.

Avanzó lentamente, y al llegar al medio de la sala hincó una rodilla en el suelo.

— Siempre pálido, le dijo el rey, siempre lúgubre. Ea, amigo mío, alégrate, aunque sólo sea por un momento, y no me des buenas nuevas con tan mal gesto; habla pronto, Du Bouchage, porque deseo con ansia oír tu relación. ¿Vienes de Flandes, hijo mío?

— Sí, señor.

— Y apresuradamente, según veo.

— Señor, tan pronto como un hombre puede marchar por tierra.

— Seas bien venido, ¿qué hay de Amberes?

— Amberes pertenece al príncipe de Orange, señor.

— ¡Al príncipe de Orange! ¿Qué significa eso?

— Á Guillermo, si os parece mejor.

— ¿Y mi hermano no marchaba sobre Amberes?

— Sí, señor, pero ahora no marcha sobre Amberes, sino sobre el castillo de Thierry.

— ¿Ha abandonado el ejército?

— No existe ya el ejército, señor.

— ¡Oh! exclamó el rey dejándose caer en su sillón: ¿y Joyeuse?

— Señor, mi hermano, después de haber hecho prodigios con sus marinos, después de haber sostenido toda la retirada, se unió á los pocos hombres que habían escapado del desastre, y ha formado con ellos una escolta para el duque de Anjou.

— ¡Una derrota! murmuró el rey.

Y lanzando una mirada siniestra, añadió:

— ¿Conque mi hermano ha perdido á Flandes?

— Absolutamente, señor.

— ¿Sin remedio?

— Así lo temo.

La frente del príncipe fué despejándose por grados como á la luz de un pensamiento interior.

— Ese pobre Francisco, dijo sonriendo, es desgraciado en punto á coronas. Se le ha escapado la de Navarra; ha alargado la mano á la de Inglaterra; ha tocado la de Flandes: ¿cuánto apostamos, Du Bouchage, á que jamás reinará mi pobre hermano, y que se quedará con las ganas de ser monarca?

— Eso sucede siempre que tenemos ganas de alguna cosa, dijo Chicot con tono solemne.

— ¿Y cuántos prisioneros? preguntó el rey.

— Dos mil, sobre poco más ó menos.

— ¿Cuántos muertos?

— Igual número por lo menos, entre ellos Mr. de Saint-Aignan.

— ¡Cómo! ¿ha muerto el pobre Saint-Aignan!

— Sí, señor, ahogado.

— ¡Ahogado! Pues qué, ¿os habéis arrojado al Escalda?

— No por cierto: el Escalda ha sido el que se ha arrojado sobre nosotros.

El conde hizo entonces al rey una relación exacta de la batalla y de la inundación.

Enrique la escuchó desde el principio hasta el fin con pausa, silencio y fisonomía que no carecían de majestad.

Luego que terminó la relación, se levantó, se dirigió á su oratorio, hizo oración de rodillas, volviendo un momento después con el rostro enteramente tranquilo.

— Allí, dijo, espero tomar las cosas como rey. Un monarca sostenido por el Señor es realmente más que un hombre. Vamos, conde, imítadme, y puesto que vuestro hermano se ha salvado como el mío, á Dios gracias, decidámonos un poco.

— Estoy á vuestras órdenes, señor.

— ¿Qué quieres por premio de tus servicios, Du Bouchage? Habla.

— Señor, dijo el joven meneando la cabeza, yo no he hecho ningún servicio.

— Lo dudo; pero en todo caso tu hermano los ha prestado.

— Inmensos, señor.

— ¿Dices que ha salvado al ejército, ó más bien, los restos del ejército?

— Entre los que quedan, señor, no hay un solo hombre que no confiese debe la vida á mi hermano.

— Bien, Du Bouchage; mi voluntad es extender mi beneficio sobre vosotros dos, y en esto no haré más que imitar al Señor omnipotente que os ha protegido de una manera tan visible, haciéndoos á los dos iguales, es decir, ricos, valientes y hermosos; además, imitaré á esos grandes políticos, tan bien inspirados siempre, los cuales tenían por costumbre recompensar á los mensajeros de malas nuevas.

— Y yo conozco, dijo Chicot, algunos ejemplares de mensajeros ahorcados por haber sido portadores de malas nuevas.

— Es muy posible, dijo majestuosamente Enrique; pero hubo un senado que dió las gracias á Varrón.

— ¡Hola! ¿me citas republicanos? Valois, Valois, la desgracia te hace humilde.

— Vamos, Du Bouchage, ¿qué quieres, qué deseas?

— Puesto que V. M. me dispensa el honor de hablarme tan majestuosamente, me atreveré á usar de su benevolencia; estoy cansado de la vida, señor, y sin embargo, tengo repugnancia á abreviarla, porque Dios la defiende; todos los subterfugios que un hombre de honor emplea en semejantes casos son pecados mortales; ir á la guerra con ánimo de que le maten, dejarse morir de hambre, no querer nadar cuando se atraviesa un río, son otras tantas tentativas mal disfrazadas de suicidio, en medio de las cuales vé Dios perfectamente claro, porque bien sabéis, señor, que Dios penetra nuestros pensamientos más secretos; renuncio, pues, á morir antes del término que Dios ha fijado á mi vida; pero me cansa el mundo, y quiero abandonarlo.

— ¡Amigo mío! exclamó el rey.

Chicot levantó la cabeza y miró con interés á aquel joven, tan hermoso, tan valiente y tan rico, y que sin embargo, hablaba en tono de tanta desesperación.

— Señor, continuó el conde con el acento de la convicción más profunda: todo lo que me sucede de algún tiempo á esta parte fortifica en mí este deseo; quiero arrojarme en los brazos de Dios, soberano consolador de los afligidos, como es al mismo tiempo soberano dueño de los venturosos de la tierra; dignaos, pues, señor, facilitarme los medios de entrar pronto en un convento, porque, como dice el poeta, mi corazón está triste como la muerte.

Chicot, el chocarrero Chicot, interrumpió por un instante el continuo movimiento de sus brazos y sin-

gular expresión que daba con frecuencia á su fisonomía para escuchar aquel dolor majestuoso que hablaba tan noble y sinceramente por la voz más dulce y persuasiva que jamás concediera Dios á la juventud y á la hermosura, y concluyó por participar de aquel desaliento y postración profunda que parecía haber roto cada fibra del cuerpo de Du Bouchage. El rey también sintió oprimido su corazón al oír aquella súplica dolorosa.

— ¡Ah! comprendo, amigo mío, dijo: quieres entrar en un convento, pero conoces que eres hombre y temes las pruebas.

— No temo las austeridades, señor, sino por el tiempo que dejan á la indecisión; no, no es para hacer más tolerables las pruebas que me sean impuestas, pues estoy decidido á no perdonar á mi cuerpo un solo padecimiento físico y á mi alma una sola privación moral, sino para quitar al uno ó á la otra todo pretexto de volver á lo pasado, y finalmente, para hacer brotar de la tierra esa reja que debe separarme para siempre del mundo, y que, según las reglas eclesiásticas, brota comunmente con lentitud como un vallado de espinas.

— ¡Pobre joven! dijo el rey, que había seguido el discurso de Du Bouchage midiendo, por decirlo así, cada una de las palabras, ¡pobre joven! creo que haré un buen predicador, ¿no es verdad, Chicot?

Chicot no contestó y Du Bouchage continuó:

— Ya comprendéis, señor, que en el seno de mi misma familia será donde se empeñe la lucha, y que en mis parientes más próximos hallaré la más dura oposición; mi hermano el cardenal, tan bueno

al mismo tiempo que es mundano, buscará mil razones para hacerme variar de parecer, y si no logra persuadirme, como no lo logrará, tendrá que valerse de las imposibilidades materiales, y me alegará á Roma, que establece plazas para cada grado de las órdenes; allí V. M. es omnipotente: allí reconoceré la fuerza del brazo que V. M. quiera extender sobre mi cabeza. Me habéis preguntado lo que yo deseaba, señor, me habéis prometido satisfacer mi deseo; éste se cifra sólo en Dios, alcanzadme de Roma la dispensa del noviciado.

El rey, poco antes tan pensativo, se levantó sonriéndose, y tomando al conde por la mano, le dijo:

— Haré lo que me pides, hijo mío, quieres ser de Dios: haces bien, porque Dios es mejor amo que yo.

— ¡Vaya un cumplimiento que le haces! dijo Chicot en voz baja.

— En fin, continuó el rey, te ordenarás según desees, querido conde, te lo prometo.

— V. M. me colma de alegría, exclamó el joven besando la mano de Enrique con tanto júbilo como si le hubiera hecho duque, par ó mariscal de Francia. ¿Conque es cosa decidida?

— Te doy mi palabra de rey y de caballero, dijo Enrique.

El semblante de Du Bouchage se animó de repente, brillando en sus labios cierta sonrisa de éxtasis; en seguida se retiró, después de haber saludado al rey respetuosamente.

— ¡Ahí tienes un joven muy feliz! exclamó Enrique.

— ¡Pardiez! exclamó Chicot, me parece que no tienes nada que envidiarle; no es más digno de lástima que tú.

— Pero, Chicot, tú te olvidas de que va á ser fraile, que va á consagrarse al cielo.

— ¿Y quién diablos te impide hacer otro tanto? Si él pide sus dispensas á su hermano el cardenal, yo conozco otro cardenal que te dará todas las dispensas necesarias, y que se halla en mejores relaciones con Roma que tú. ¿No le conoces? Es el cardenal de Guisa.

— ¡Chicot!

— Y si te molesta la tonsura, porque al fin es una operación delicada, las más lindas manos del mundo y las tijeras más bonitas de la cuchillería, unas tijeras de oro, pardiez, te harán ese precioso símbolo, que hará subir al número de tres las coronas que has llevado, y que justificará la divisa: *Manet ultima celo*.

— ¿Lindas manos dices?

— ¿Y qué, te atreverás á hablar mal de las manos de Mad. la duquesa de Montpensier, como has hablado de sus espaldas? ¡Qué rey tan particular eres, y cuánta severidad gastas con tus súbditos!

El rey frunció el ceño y se pasó por la frente una mano tan blanca como aquellas de las cuales se hablaba, pero mucho más trémula seguramente.

— Ea, ea, dijo Chicot, dejemos todo eso, pues veo que la conversación te enfada, y hablemos de cosas que me interesan personalmente.

El rey hizo un gesto entre indiferente y aprobativo.

Chicot miró á su alrededor, y arrimando su sillón al del rey, dijo en voz baja:

— Varios, respóndeme, hijo mío, ¿esos señores de Joyeuse han partido para Flandes *de esa manera*?

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que son gentes tan particulares cuando se entregan, el uno al placer y el otro á la tristeza, que me parece sorprendente hayan dejado á París sin armar alguna zambra, el uno por mera diversión y el otro para aturdirse en medio de sus pesares.

— Bien, ¿y qué?

— Que como tú eres del número de sus mejores amigos, debes saber cómo se han ido.

— Sin duda que lo sé.

— Pues entonces, dime, ¿has oído decir?...

Chicot se detuvo.

— ¿Qué?

— ¿Que hayan atacado á alguna persona notable?

— No he oído nada de eso.

— ¿Ó si han robado alguna mujer por medio de fractura y pistoletazos?

— No sé palabra.

— ¿Ó si por ventura han quemado alguna cosa?

— ¿Qué habían de quemar?

— ¿Qué se yo? Lo que se quema para distraerse cuando uno es gran señor, la casa de un pobre diablo, por ejemplo.

— ¿Estáis loco, Chicot? ¡Quemar una casa en mi ciudad de París! ¿Quién había de atreverse á cometer semejante atentado?

— ¿Por qué no?

— ¡Chicot!...

— En fin, ¿no has oído el ruido ni visto el humo de nada de lo que han hecho?

— Pardiez, ¡no!

— Tanto mejor, dijo Chicot, respirando con cierta facilidad que no había experimentado durante todo el interrogatorio que acababa de hacer sufrir á Enrique.

— ¿Sabes una cosa, Chicot? dijo Enrique.

— No, no lo sé.

— Que te vas haciendo malo.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— La mansión de la tumba me había dulcificado algún tanto, gran rey, pero tu presencia me avinagra. *Omnia letho putrescunt.*

— Es decir, que estoy enmohecido, dijo el rey.

— Un poco, hijo mío, un poco.

— Os hacéis insoportable, Chicot, y os atribuyo proyectos de intrigas y de ambición que suponía muy distantes de vuestro carácter.

— ¡Proyectos de ambición á mí! ¡Chicot ambicioso! Enriquillo, hijo mío, antes no eras más que niño, pero ahora eres loco, lo cual es un progreso.

Y yo os digo, señor Chicot, que queréis alejar de mí á todos mis servidores, suponiéndoles intenciones que no tienen, crímenes en que no han pensado; digo, en fin, que queréis secuestrarme.

— ¡Secuestrarte yo! exclamó Chicot, ¡secuestrarte! ¿Y para qué? Dios me libre de semejante cosa; eres un ente demasiado molesto, *bone Deus*, sin contar lo

difícil que eres de alimentar. ¡Oh! no, no en mis días.

— ¡Hum! dijo el rey.

— Vamos, explicame por qué te se ha ocurrido esa idea diabólica.

— Habéis comenzado por escuchar friamente mis elogios respecto de vuestro antiguo amigo don Modesto, á quien debéis mucho.

— ¿Yo, yo debo mucho á don Modesto? Bueno, ¿y qué más?

— ¿Qué más? Habéis tratado de calumniarme á mis Joyeuse, que son dos verdaderos amigos.

— No digo que no.

— Después habéis echado vuestra zarpa á los Guisas.

— ¡Hola! ¿Ahora los amas? Parece que hoy estás de humor de amar á todo el mundo.

— No, no los amo; pero como en estos momentos permanecen quietos y tranquilos, como en estos momentos no me hacen el menor daño, como no los pierdo de vista un instante, y lo único que observo en ellos es siempre la misma frialdad de mármol, y yo no acostumbro á tener miedo á las estatuas, por amenazadoras que sean, reflérome á aquellas cuya fisonomía y actitud conozco, porque bien sabes, Chicot, que un fantasma, cuando ha llegado á ser familiar, no es más que un compañero soportable, todos esos Guisas, con sus miradas feroces y sus largas espadas, son los súbditos de mi reino que hasta el día me han hecho menos daño: ¿y sabes con qué los comparo?

— Sí, dímelo, por tu vida, Enriquillo, pues bien sabes que eres muy sutil en tus comparaciones.

— Los comparo con esas percas que se sueltan en los estanques para dar caza á los pescados gordos é impedir que engorden demasiado; pero supón por un momento que los pescados gordos no les tengan miedo.

— ¿Qué?

— Que las percas no tienen buenos dientes para hincárselos en las escamas.

— ¡Oh, Enrique, hijo mío, qué sutil eres!

— Al paso que tu Bearnés...

— ¿Tienes también una comparación para el Bearnés?

— Al paso que tu Bearnés maulla como un gato y muerde como un tigre.

— Por vida mía, dijo Chicot, he ahí á un Valois que acaricia á un Guisa. Vamos, vamos, hijo mío, te hallas en muy buen camino para detenerte. Divórciate desde luego y cástate con Mad. de Montpensier; á lo menos tendrás una probabilidad con ello. ¿No ha estado enamorada de ti en otro tiempo?

Enrique tomó cierta actitud de engrimiento y vanidad satisfecha.

— Sí, dijo, pero estaba ocupado en otra parte: he ahí la fuente de todas sus amenazas. Chicot, has puesto el dedo en la llaga; ella abriga contra mí un odio de mujer, y me halaga de vez en cuando, pero afortunadamente soy hombre y no debo hacer más que reirme de ella.

Al acabar Enrique de pronunciar estas palabras el ujier Nambu gritó desde el umbral de la puerta:

— Un mensajero del señor duque de Guisa para S. M.

— ¿Es un correo ó un gentilhomme? preguntó el rey.

— Es un capitán, señor.

— Que entre y sea bien venido.

Al mismo tiempo entró un capitán de gendarmes con el uniforme de campaña, é hizo el saludo acostumbrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO